

RUINAS (*)

A cosa de una legua de Tarragona y desde la vía de Francia, se ven, á orillas del mar, las ruinas de un pueblo llamado Tamarit, que apenas se halla en mapa alguno, pero que figuraría seguramente en letras muy gordas en un diccionario geográfico-pintoresco, si éste existiera.

Sentado en un morro de peñascos, dominando la playa y la llanura, parece á lo lejos como una decoración teatral recortada en cartón sobre un lienzo azul esplendídisimo, y atrae la curiosidad del viajero, sorprendido de ver tan cerca de poblado, y en medio de feraz vegetación, la triste osamenta de un pueblo, abandonada al traqueteo de las olas.

Semejante curiosidad nos llevó un día á visitarlo.

Pasadas algunas huertas y viñedos, el camino ofrece un aspecto selvático y de áspera tristeza, que dispone el ánimo al pavoroso espectáculo de aquellas ruinas. Árboles seculares de raíces descarnadas, retorcidas, negruzcas, como vellosas patas de arañas colosales, se adelantan al borde del camino y recuerdan á la imaginación los fragosos senderos del *Infierno* del Dante. Más allá, desmedrado pinar sacude la hípida cabellera, vibrante y rumoroso. Con sus troncos enhiestos y sus redondas copas, parece un bosque de picas, clavadas en el suelo, ostentando en la punta ensangrentadas cabezas.

Ya estamos en el lugar. Su ruina y abandono son completos. Como si todo él no fuese un cementerio, el antiguo cementerio es lo primero que se encuentra en torno de una iglesia muy chica, que la yedra cubrió de arriba abajo piadosamente, y allí permanece oculta como una arquilla entre hojarasca. Más arriba, las calles están desiertas y convertidas en escombros; las casas, agrietadas; algunas paredes, de pié, próximas á

(*) J.Yxart, Ruinas, dins «El año pasado. Letras y artes en Barcelona», Barcelona (Establecimiento Tipográfico. Editorial de Daniel Cortezo y C^a), 1887, pp. 213-218.

desplomarse, descarnados los cimientos; pozos y silos, que no vieron jamás la luz, abiertos ahora al relente de la noche; los escombros, como la avenida de un río que se hincha y crece, van subiendo y se tragan las puertas; de modo que para entrar en las casas hay que agacharse como quien baja á un subterráneo. Sobre esta desolación se alzan los destartados y negros paredones del antiguo castillo.

Solo queda en pié la iglesia parroquial, en una plazuela solitaria y henchida de hierba que crece en los intersticios de las losas. Muy cerca suenan los bramidos del mar, y la hierba, estremecida y friolera, agita sus ásperos plumajes al bufido del viento que rabia y se enfurece estrellándose en aquell recodo. No lejos de allí la llanura verdea suavemente rizada por su hálito y el cielo brilla con deslumbradora claridad.

Una pobre mujer, único ser viviente que hallamos en toto el pueblo, con oficios sin duda de guarda y sacristán, sacó de no sé dónde unas llaves y se ofreció á enseñarnos la iglesia.

-Aquí- nos dijo con la mayor sencillez, pisando el atrio- mataron al cura de un tiro.

Pasamos el dintel. La iglesia es pequeña y cubierta de una ligera capa de cal, descascarada y mugrienta. Como todas las de lugar, tiene sobre la puerta el coro, á un lado el púlpito, en el altar mayor un antiguo retablo con relieves en oro mate, y como todas las de lugar, húmedas y fúnebres, aquel indescriptible aspecto entre catacumbas y bodega que da calofríos. Ancha faja de sol polvoriento la cruzaba oblicuamente por la mitad, é iba á dar en un altarcillo lateral sobre el rostro de una imagen yacente, envuelta como una momia en trapos de dudosa blancura, tirando á amarillo con la humedad y el tiempo, y encerrada en una urna de cristal. Cierra el retablo del altar mayor una puerta de lienzo de dos hojas, pintada al temple con mugrientas figuras de Jesús subiendo al calvario, y los Santos Reyes, de tamaño mayor que el natural y tan gigantescas proporciones que parecen pálidos fantasmas de una pesadilla. En el púlpito no hay escalera; está destruída; la gente del lugar dice que allí predicó San Vicente Ferrer y desde entonces cegaron cuantos intentaron subir á él. ¡Qué fantástico conjunto! El estruendo del mar ¡siempre el mar! retumba en aquellas bóvedas con la sorda vibración del aire en la cavidad del caracol marino.

Por la escalera del coro subimos á la casa del párroco, abandonada también, y también entristecida por los recuerdos de otro crimen. Otro cura había sido asesinado allí, en el mismo comedor, víctima como el primero de las salvajes disensiones del lugar. Los asesinos con las propias armas echaron á perder los muebles, las puertas, todo. Aún cuelga en la pared un cuadro al óleo, retrato de un santo con hábito de fraile, abierto en canal de un sablazo; la habitación, desmantelada y silenciosa, frunce el ceño con la memoria del crimen, á pesar del sol que entra á tor-



Josep Ixart i de Moragas. Dibuix de Joaquim Icart.

rentes i del delicioso espectáculo de sus balcones, que á inconmesurable altura, dominan la vasta llanura de las aguas.

Aquella vista fascinadora, dulcísima, sonriente, nos trajo á la playa otra vez. ¡El mar! ¡el mar! De todos lados nos llamaba, en todos le sentíamos cerca, centelleaba en todas partes su inmenso reflejo.

Una vez en la playa, teníamos á nuestra espalda, y paralelo á la orilla, larguísimo lienzo de muralla y las paredes de la misma casa parroquial; más cerca, los grandes peñascos que rodaron hasta la arena; y en medio de ellos, en pié, una torre atalaya, cilíndrica y aislada, como un cucurucho plantado allí; luego, la faja de arena y casquijo, y adelantándose por fin entre las olas, ingentes rocas de naturaleza granítica y formas raras. Algunas tienen las del león echado, alta la cabeza entre las extendidas patas delanteras y la grupa recogida; otras como pequeños islotes, parecían hipopótamos nadando. Centinelas avanzados de las ruinas ¡cómo salen á resistir la embestida del oleaje! Pero esta es constante, pertinaz, sin descanso ni de día ni de noche. ¡Qué atronadora lucha! ¡Qué inmensos rollos de espuma, deshaciéndose sobre los robustos lomos ó cercándolos como millares de serpientes movedizas! Los cubren, se retiran, vuelven, muerden, se enroscan, amainan y acarician los flancos reflejándolos un instante en el verdoso cristal de la onda inquieta, para volver luego al asalto, rebulliéndose. A veces, tras el primer empuje álzase de nuevo las olas echando espumarajos de rabia sobre las mismas ruinas, se estancan de paso en algún hoyo, ó se retiran arrastrando peñas y cascote con fragoroso estruendo. Así van descalzando aquellos muros, que las contemplan inmóviles por las vacías cuencas de sus aspilleras y desportilladas ventanas. Parece que las ruinas desafían al mar. Sus bramidos retumban con tal sacudida en aquellas concavidades, que á lo mejor suena rebotando alguna piedra por el interior de la torre, ó se desprende la tierra hecha polvo de las tapias. Pero el castillo y los muros, inmóviles; y en vano ronca el monstruo, ora creciendo, ora deshinchándose con acompasada cadencia. ¿Cuándo triunfará por fin, y al empuje de su último asalto arrasará aquel montón informe de escombros?

De vuelta de la playa, pasamos otra vez por la plazoleta y nos despedimos de la pobre mujer. Pálida y desencajada, se adelantó á pedirnos una limosna por amor de Dios, para enterrar á una muerta.

- ¡Una muerta!... ¿Dónde está?

- Mire V... allí!

Y en efecto, por entre los postigos de una casucha, todavía en pié, vimos amarillear unos cirios, y un bulto informe sobre unas tablas.

La noche se nos venía encima á todo prisa y dejábamos en aquel lugar, solitario, sin alma viviente, á la pobre mujer velando el cadáver de su vecina.

J. YXART